

# RELATOS BREVES

y no tan breves

Francesc Marí



LAS  
DAO  
ALP  
LAY  
BOOKS



# **RELATOS BREVES**

y no tan breves

**Francesc Marí**

L A S  
D A O  
A L P  
L A Y **BOOKS**

Escrito por: Francesc Marí  
LASDAOALPLAY? Books — [www.lasdaoalplay.com/books](http://www.lasdaoalplay.com/books)  
Editado en: Sant Joan Despí, abril 2017 — 2ª edición: octubre 2019

*Relatos breves y no tan breves* y todo su contenido escrito está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-No Comercial-Compartir bajo la misma licencia 4.0



## **Presentación**

Hay historias, argumentos e ideas que, si bien son llamativos o atractivos, en la mayoría de las ocasiones no dan para más de unas pocas páginas o, incluso, palabras, quedando relegadas al fondo de los cajones, viendo la luz raras veces.

Aunque en este caso si que han sido publicados, en su mayoría en medios amigos, los relatos reunidos en este pequeño libro, por su heterogeneidad, tanto en el formato como en el género, han hecho que hayan pasado un tanto desapercibidos para el público en general.

Es por ello por lo que los reunimos en este breve volumen, para que juntos sean algo más que palabras perdidas, y conviertan este cajón de sastre en un auténtico, aunque modesto, libro de relatos.



## **Muerte soñada de un escritor**

Publicado en *20Minutos* el 21 de octubre de 2014

Estaba sentado frente a su ordenador. La luz de la pantalla le iluminaba a él y a toda la habitación convirtiéndolo en un blanco perfecto. No sabía porqué debía eliminarlo, parecía un tipo cualquiera trabajando frente a su ordenador, pero un encargo era un encargo. Así que, sin más, abrió el maletín con el que había subido hasta aquella azotea, y empezó a montar las distintas piezas de su rifle de francotirador. Cada una de ellas pertenecía a un modelo y a una marca diferente, pero él las había adaptado para crear el arma de matar definitiva. Su rifle era tan perfecto como único. Como si tuviera todo el tiempo del mundo hincó la rodilla en el suelo, apoyó su arma en el borde de la barandilla y situó su ojo derecho tras el teleobjetivo de precisión. Respiró hondo y cerró el párpado izquierdo. Cuidadosamente movió su arma buscando a su objetivo, hasta que por fin lo encontró tecleando velozmente frente a su ordenador. Pobre infeliz, seguía haciendo lo mismo que hacía un instante sin saber que su último aliento se acercaba. Centró su objetivo, aguantó la respiración durante un segundo y apretó el gatillo. La bala surgió del cañón de su arma surcando el aire, sin producir otro sonido que un silbido sordo; cruzó los más de trescientos metros que le separaban de su objetivo; penetró a través de la ventana tras la cual estaba sentado aquel hombre, dejando un agujero perfectamente circular en el cristal; y con fuerza atravesó la cabeza de aquel escritor con un enorme estallido...

Abrió los ojos de par en par sintiendo como el corazón bailaba en su pecho. Se había quedado dormido mientras escribía. Todo había sido un sueño. Pero, antes de volver al trabajo, no pudo evitar mirar hacia el edificio de enfrente para cerciorarse que en su azotea no había nadie.





## **De vuelta a casa**

Publicado en *20Minutos* el 12 de enero de 2015

Cada día pasaba por aquella calle, pero esa noche había sido diferente. Al poco de emprender su camino, las farolas que convertían las oscuras noches de otoño en agradables tardes de verano se apagaron. Solo unas pocas siguieron iluminando la calle, pero la pobre luz que emitían temblaba y parpadeaba, como si un espíritu bromista jugara con el interruptor que las encendía, haciendo que todo tipo de sombras danzaran a su alrededor. La oscuridad se había cernido sobre él. De repente se dio cuenta que hacía frío y que el viento soplaba con fuerza, ululando a su paso, como si alguien silbara melodiosas y tenebrosas tonadillas. No pudo evitar detenerse y mirar a su alrededor en busca de algún compañero para tan terrorífico viaje. Pero no había nadie, estaba solo. Con su corazón latiendo con fuerza en su pecho, hizo acopio de valor, se subió las solapas de su chaqueta y siguió su camino.

A medida que avanzaba, se percató que, aun teniendo una amplia calzada, no había ningún vehículo que aportará con sus faros más luz a aquella calle. La acera, siendo llana y cómoda, estaba completamente vacía, a excepción de él que la recorría con paso indeciso tratando de estar alerta a cuanto le rodeaba. Parecía que su única compañía eran aquellos altos y frondosos árboles que había a lado y lado de la calle. Si durante las horas de luz aportaban vida a aquel barrio dominado por fábricas y naves industriales, aquella noche de escasa luz se habían convertido en gigantescos monstruos con largos y raquíticos brazos que parecían querer atraparlo.

Al son del viento, unas cuantas hojas rozaron entre ellas produciendo un sonido que alertó a nuestro paseante, que sin dudarlo un segundo arrancó a correr con los ojos cerrados, dejando atrás tan lóbrego paseo, sin percatarse de que las farolas habían recuperado su estable, cálida y agradable luz.



## La sonrisa de medianoche

Publicado en *LASDAOALPLAY?* el 25 de marzo de 2016

La tenue luz de las farolas de la calle cruzaba, contradictoriamente poderosa, las rendijas de la persiana de madera, haciendo que mi despacho se asemejara a una película, con una sutil gama de grises, provocando unos enigmáticos juegos de siluetas sobre el parque desgastado del suelo. Estaba recostado en mi silla de oficina de madera pulida por el uso —no solo el mío, sino también el de anteriores propietarios—, con mi sombrero sobre mis cejas, impidiendo que cualquier resplandor me deslumbrara por sorpresa y me privara del sentido de la vista. Cuando se vivía en la oscuridad, cualquier precaución era poca, como la que descansaba encima del escritorio con seis balas en su tambor. Sobre el mueble había poca cosa: unas cuantas hojas escritas a máquina expresamente mal esparcidas, fingiendo algún tipo de trepidante actividad de despacho, de la que carecía; un cenicero en el que reposaban decenas de colillas ya extintas, mientras que la última de ellas, aún moribunda, pausadamente soltaba un fino hilillo de humo que ascendía hasta el techo, enturbiando el ambiente; un vaso de cristal para whiskey, tal vez lo más valioso que había en aquella oficina —incluso más que mi propia vida—, con un hilo que se derretía en medio dedo del susodicho licor; y, por último, mi revolver, el único recuerdo que guardaba de tiempos mejores, cuando hacía la ronda por el barrio y me saludaban con respeto por mi trabajo. No como ahora, relegado a lo más profundo del abismo del escalafón humano, hasta donde me había visto llevado por los bajos fondos de una ciudad que apenas reconocía, con el único objetivo de representar el frágil y corrompido brazo de la ley, aunque sin el permiso de esta. Frente a mí, hacia donde el cañón de mi calibre 38 apuntaba, al otro lado del escritorio, en una puerta con una ventana de cristal opaco, se podía leer del revés el nombre de mi agencia de detectives. Una denominación un tanto pretenciosa para el cuchitril de un policía venido a menos que no sabía ganarse la vida de otro modo, y más cuando el nombre era aprovechado del desafortunado inquilino que me precedió. Todas las noches eran igual de tediosas y aburridas, aunque con el tiempo había aprendido que era en la oscuridad del crepúsculo, cuando los posibles clientes se sentían más seguros para solicitar la ayuda al último recurso de cualquier hombre sensato. Por norma, nunca pasaba nada, las horas

transcurrían sin otro sobresalto que el descubrimiento del vaso de whiskey vacío, o el desvanecimiento del sabor de la última calada del último cigarrillo. Sin embargo, de vez en cuando, la luz del pasillo que daba a mi oficina se iluminaba, y desatando una lucha con las sombras provocadas por las farolas del exterior, extendía su parpadeante poderío hacia la puerta, proyectando la silueta de las letras grabadas en el cristal, sobre el suelo. Como acababa de suceder. Tras unos segundos en los que creí que la luz se había encendido por un cortocircuito en la instalación, el sonido de unos tacones resonó en las paredes del pasillo, a la vez que la sinuosa sombra de una mujer se proyectaba a través del opaco cristal de mi puerta. Unos sutiles golpecitos de unos delicados nudillos me indicaron que aquella mujer había venido hasta allí para verme a mí. Así que, sin más, dije con voz resacosa: «Adelante». El pomo de la puerta giró, esta se movió sobre las bisagras chirriantes de metal y, a contraluz, se definió la casi perfecta figura de una mujer joven, de pelo claro y de buen vestir, que me regalaba una expresión de necesidad y socorro. Sabía de sobras que, llegados a este punto, los desesperados clientes que se atrevían a cruzar el umbral de mi puerta, vomitaban todo lo que querían decirme, sin necesidad alguna de que yo preguntara absolutamente nada. Sin embargo, de los intensamente rojos labios de la mujer no salió palabra alguna, tan solo sonrió, mostrándome sus afilados y amenazadores colmillos, y supe que no había venido a pedirme ayuda. Era una de esas malditas chupasangres que poblaban la noche de aquella ciudad, cuyos amaneceres se contaban por los cuerpos resecos con mordiscos en el cuello que dejaban tras de sí. Sin embargo, yo no pretendía ser uno de ellos. Para mi suerte y para su desgracia, tenía mi revolver a mano y sus balas eran de plata.

## **Flechazo**

Publicado en *LASDAOALPLAY?* el 22 de abril de 2016

Pasaba una página del libro tras otra, como cada día de regreso a casa, sumergiéndose cada vez más en la lectura, pero, de repente, algo lo distrajo. No sabía el qué, pero algo le había obligado a levantar la mirada del libro. Al principio se sintió molesto, pero cuando sus ojos abandonaron el paisaje de negro sobre blanco de las hojas impresas y descubrió quién le había molestado, todo dejó de importarle. El libro, las voces del resto de pasajeros... Todo parecía carecer de importancia cuando sus ojos se posaron en la persona que tenía en frente. Ante él había surgido la visión más perfecta que había tenido en toda su vida. Sentada frente a él, en aquel asiento que apenas unos minutos antes ocupaba un sudoroso hombre de facciones poco agraciadas, estaba la chica más bonita que jamás había visto. En medio de aquel vagón de tren, rodeada por la habitual muchedumbre gris que lo poblaba en hora punta, la más bella flor se había abierto paso. Dos ojos del color de la miel tostada reinaban en un rostro alegre, enmarcado por una suave melena dorada y, en el centro, como la guinda de un pastel, unos labios carnosos perfilaban la más agradable de las sonrisas. Dicen que los flechazos no existen, pero en ese instante él no lo creyó, porque acababa de tener uno. Tras unos segundos en los que el tiempo parecía haberse detenido, se dio cuenta de que se había quedado ensimismado mirándola y, desafortunadamente, ella se había percatado de ello. Llevado por un rubor que le crecía en el pecho, rápidamente apartó la mirada e, inconscientemente, la dirigió hacia la ventana, a través de la que solo se veían las oscuras paredes del túnel que el tren recorría. Frente aquella negrura se sintió estúpido, pero, antes de recaer en la palabra escrita, se fijó que, a través del reflejo del cristal, podía seguir contemplándola en secreto. Satisfecho por la argucia, volvió a dirigir la mirada hacia aquellos relucientes ojos que, para su sorpresa, estaban observando directamente los suyos. Al descubrirse por segunda vez como un voyeur descarado, súbitamente regresó a la lectura del libro que sostenía abierto entre sus manos. Página tras página, las palabras bailoteaban ante sus ojos sin que entendiera el significado de ninguna de ellas, ya que su mente seguía ocupada grabando con un hierro candente el rostro de la chica que jamás volvería a ver. Aquella idea lo contrajo, no podía permitir que aquello

sucediera, debía evitar que aquel rostro perfecto se convirtiera en una imagen fugaz en su memoria. Tras un momento de duda, levantó la cabeza para dirigirse a la chica, pero, en seguida, comprobó que frente a él solo había un asiento vacío. Se había ido. Lamentándose por su falta de valor, desanimado bajó la mirada de nuevo hacia el libro. Pero cuando apenas había conseguido fijar con sus pupilas la primera de las palabras, unos golpecitos en el hombro lo distrajeron de nuevo. No tenía suficiente con que la chica más bonita que jamás había visto hubiera desaparecido, que encima tenía que soportar las molestas interrupciones del resto de viajeros. Sabiendo que el culpable de la distracción no era otro que la persona que tenía sentada al lado, enervado se giró para protestar por el contacto indeseado, pero antes de poder articular palabra alguna se quedó estupefacto. Ella estaba allí, igual de perfecta que antes. No había desaparecido, solo había cambiado de asiento y, ahora, estaba mirándolo a la vez que le regalaba una alegre sonrisa. De sus labios salió una única palabra: «*Hola*», pero fue suficiente para saber que se había enamorado.

## **La soledad del vacío**

Publicado en *Underbrain Mgz* el 2 de septiembre de 2016

Después de que una luz cegadora atravesara sus párpados, se despertó repentinamente, sintiendo como si le faltara el aire. Abrió la boca de par en par, respirando tan fuerte como si ningún hálito de aire hubiera llegado a sus pulmones durante mucho tiempo. Al mismo tiempo, abrió los ojos descubriendo el más vacío e infinito espacio. Ante él se extendía un oscuro manto cubierto por millones de pequeños puntos luminosos. Estaba en el espacio. Asustado, alargó las manos y tocó la fría y transparente superficie cóncava del cristal de una ventana.

Al otro lado flotaba un hombre en un harapiento mono azul. Era tan escuálido como si no hubiera comido en semanas, un débil vello surcaba su mandíbula, y un pelo frágil y lacio caía sobre su frente. Lo miraba con una pavorosa expresión a través de unos ojos hundidos y circundados por unas oscuras ojeras, casi tan negras como el vacío que lo rodeaba. Al mirar sus manos, comprendió estupefacto que aquel era su reflejo, pero no se reconocía.

Alarmado miró a su alrededor, la oscuridad del exterior parecía haberse adueñado de todo, solo una insistente y parpadeante luz roja iluminaba las paredes blancas en breves espacios de tiempo, como si de un perverso segundero se tratara. No recordaba nada, ni su cara, ni su nombre, ni aquel lugar. Con anhelo, miró todo cuanto le ofrecía aquella ventana que se había convertido en su mundo. No veía nada, solo el más absoluto e interminable vacío.

«¿Dónde está la Tierra?», fue cuanto pudo preguntarse. Angustiado, su pecho empezó a sacudirse. Sus pulmones buscaban tanto aire como fuera posible para seguir el ritmo irrefrenable de su corazón, que latía sin parar, acelerando su pulso. Instintivamente se agarró al marco circular de la ventana, con tanta fuerza que sus esqueléticos nudillos se tornaron tan blancos como las paredes que le rodeaban.

Intentando respirar hondo para serenarse, su enfermizo aliento empañó con una capa de vaho opaco el cristal de la ventana de la que no podía apartar su mirada. Al observarlo, un pequeño halo de esperanza se desprendió de aquella eventualidad, la suficiente como para que se calmara... Seguía vivo.

Sin embargo, aquella triste y efímera alegría se esfumó tan rápido como su aliento del cristal, cuando sintió que algo, o alguien, le tocaba su hombro derecho. Durante unos eternos segundos en los que no supo que hacer, y aun con el frío que sentía, unas gotas de sudor helado resbalaron por su sien, a la vez que su pulso se desbocaba de nuevo, fruto de la adrenalina que recorría su cuerpo de arriba abajo.

En un arrebato, más lleno de temor que de valentía, se dio la vuelta y su corazón se detuvo. Atónito, se obligó a ahogar un grito de pánico que se hubiera perdido en el vacío del espacio. Frente a él, por el aspecto de su traje, había un astronauta. Flotaba igual que él en el espacio sin gravedad, pero no lo estaba cogiendo por el hombro con sus enguantadas manos. Era imposible que lo hiciera. A través de la luneta del casco del inesperado visitante, pudo ver la cadavérica expresión de horror de un cráneo blanquecino que lo observaba con sus cuencas vacías y sin vida.

Aterrado, empujó con todas sus fuerzas y vio, a intervalos rojizos, como ese indeseado invitado se perdía en el oscuro pasillo, flotando lánguidamente en el vacío. Abatido, se encaró de nuevo con el espacio, comprendiéndolo todo, sin recordar absolutamente nada. Estaba solo, tan solo que, por no tener, no se tenía ni a sí mismo.



## Una compañía de héroes

Publicado en *LASDAOALPLAY?* entre el 10 de junio y el 13 de septiembre

Nesty estaba descansando apaciblemente en la terraza de su casa, al sur de California. Era el sitio que más se parecía a su Barcelona natal. Cuando de repente su nieto de cinco años apareció y se tiró sobre su regazo.

—Papá me ha dicho que estuviste en la guerra, ¿es cierto? —preguntó inocentemente.

—Sí, claro que estuve.

—Y, abuelo, ¿fuiste un héroe durante la guerra?

El abuelo se lo miró tiernamente, era una pregunta que se había hecho muchas veces.

### §

Madrugada del 6 de junio de 1944. Los cielos del Canal de la Mancha, habitualmente tranquilos, esa noche estaban siendo surcados por centenares de C-47, unos aviones de transporte que en su interior llevaban miles de paracaidistas estadounidenses y británicos dispuestos a arriesgar sus vidas saltando tras las líneas enemigas desde esos aparatos. Entre ellos se encontraba Nesty Martínez. En realidad, ese no era su nombre, pero los años pasados en Estados Unidos, donde llegó a finales de 1939, habían hecho cambiar tanto su nombre como su apellido en algo que los yankees pudieran pronunciar. Para ellos, todos los europeos del sur eran iguales, no importaba si habías nacido en Nápoles, Lisboa, Atenas o Barcelona. Eras moreno y de pelo oscuro, no querían saber más.

El zumbido de los motores ensordecía de tal modo que los ocupantes de ese avión apenas podían cruzar un par de palabras sin que alguien gritara «¡¿Qué?!», dejando claro que no habían entendido nada de lo que le habían dicho.

—Cuando aterricemos —dijo su compañero de la derecha mostrando una bala—, incrustaré esta bala en la cabeza del primer boche que vea.

El proyectil se lo había dado su novia que trabajaba en una fábrica de armas de Texas. Decían que traía suerte pegar el primer tiro con una bala regalada por la pareja. Nesty también tenía una, pero su intención no era

utilizarla, sino guardarla y devolvérsela a su esposa diciéndole con una sonrisa «No me ha hecho falta».

Nesty miró a su alrededor, él era el mayor de toda la compañía, a sus casi treinta años estaba junto a un grupo de veinteañeros rebeldes con ganas de matar nazis.

—Yo quiero una Luger —dijo el de la izquierda—, dicen que es la mejor pistola que se ha hecho nunca.

—No hay nada mejor que esto —contradijo el que tenía enfrente mostrando su reluciente y enorme revólver Smith & Wesson—, un solo tiro de esta preciosidad y me cargo a un pelotón entero.

La risa fue generalizada. En una situación normal nadie se hubiera reído de esa barbaridad, pero los nervios hacían que todos rieran a la mínima estupidez que alguien dijera o hiciera. Pero las carcajadas enmudecieron de golpe cuando se oyó una explosión no muy lejana. Nadie supo si era el petardeo del motor de algún avión que se había desacompañado, o si era el primer disparo de los alemanes. Lo cierto fue que después de ese ruido el silencio imperó en el avión.

El sonido constante y monótono de los motores del avión, y el silencio de sus compañeros, hizo que la mente de Nesty recordara como había llegado a aquel lugar. Había nacido en Barcelona a finales de 1914 y su vida nunca fue interesante, se había criado como hijo único de una familia obrera. A los catorce años tuvo la oportunidad de convertirse en aprendiz de mecánico. Era un trabajo con futuro y, además, se le daba bien.

Pero todo cambió en 1936, cuando la vida se volvió interesante para todos los españoles. Al igual que los que ahora le acompañaban, Nesty se había unido rápidamente al ejército republicano con la esperanza de detener el avance fascista, pero por desgracia el entusiasmo no era suficiente para detener la maquinaria militar sustentada por Hitler y Mussolini. Cada día las líneas republicanas estaban más atrás, hasta que en 1938 hubo una desbandada general después de que los fascistas superaron el Ebro.

A pesar del entusiasmo inicial, Nesty enseguida comprendió que no había remedio y, muy a su pesar, tuvo que abandonar su país, su ciudad y su casa para salvar la vida. Con pocas cosas, él y su esposa cruzaron los Pirineos a pie llegando hasta Toulouse, donde, por suerte, una familia francesa los acogió y les facilitó el viaje hacia Londres, pasando antes por Burdeos.

Cuando llegaron a la capital inglesa, la verdad sea dicha, se vieron tirados en la calle como muchos otros emigrados españoles que no eran de la jet set política y cultural. Sin hablar ni una palabra de inglés, Nesty y su

esposa consiguieron realizar algún que otro trabajo, lo suficiente para pagarse dos de los pasajes más baratos para embarcar en uno de los transatlánticos que partían de las costas británicas con destino al Nuevo Mundo. Querían alejarse de unos países en los que la guerra cada vez estaba más próxima. Ya habían tenido suficiente violencia.

Cuando se refieren a América como la tierra de las oportunidades, no se equivocan, o como mínimo no se equivocaron en el caso de Nesty y su esposa. Al poco de llegar a Nueva York, ambos consiguieron trabajo, él como mecánico y ella como criada en la casa de unos ricachones de Long Island. Habían muy pocos españoles y el italiano era más fácil de comprender que el inglés, así que cuando su sueldo les permitió abandonar la pensión donde habían vivido desde que llegaron, se trasladaron a un pequeño apartamento de alquiler en el barrio italiano.

—¿*Napoli, Roma, Milano*? —preguntó el casero.

—Barcelona —respondió Nesty.

En un español chapurreado entremezclado con algunas palabras en inglés e italiano, el casero le respondió.

—Lo siento mucho. Yo tuve que huir de mi país por culpa de los fascistas. *Maledetti maiali*.

—Dínoslo a nosotros —exclamó la esposa de Nesty—, fueron los mismos que bombardearon nuestra ciudad día y noche durante años.

—Pero ahora estáis aquí. Tendréis suerte —dijo el casero señalando el vientre hinchado de la esposa de Nesty—, un niño siempre trae suerte.

En 1940 eran una familia feliz, muy sencilla pero feliz al fin y al cabo. A principios de ese año habían sido bendecidos con un niño. Después de un parto normal y un par de noches en el hospital, Nesty, su esposa y su hijo regresaron a casa. Mientras andaban por la calle en la que vivían, los vecinos se acercaban a ellos para contemplar al recién nacido.

—¡*Bellissimo!* —exclamó la mujer del panadero al ver al niño—. Tomad —les dijo dándoles una barra de pan.

—Gracias —respondió Nesty.

Ese acto de generosidad se repitió en diversas ocasiones, del tal modo que cuando llegaron a casa Nesty cargaba una auténtica cesta de regalos. Lo dejó todo en la pequeña cocina y regresó al comedor donde su esposa lo esperaba sosteniendo a su hijo.

—¿Me lo dejas? —preguntó—. A penas lo he podido coger.

Su esposa se lo dio sin articular respuesta y fue a sentarse en la única butaca del salón. Junto con el día que su esposa le dio el primer beso, ese

había sido el momento más feliz de su vida, sosteniendo al pequeño en brazos, mientras que su esposa los observaba con ternura.

—¿Qué nombre le vamos a poner? —preguntó Nesty mirando fijamente al pequeño.

—Nesty me parece bien.

—¿En serio? Además es un apodo, ¿y si le buscamos un nombre como dios manda?

—Cariño, algo me dice que el mejor nombre para este pequeño, es el de su padre.

Nesty dejó de mirar a su hijo un instante para contemplar a su esposa, si su hijo era lo mejor que había hecho, ella era lo mejor que le había pasado.

La guerra, a pesar de ser el plato de cada día, parecía lejana, pero todo eso cambió una infame mañana de diciembre de 1941, cuando el Imperio del Sol Naciente obligó a Estados Unidos a entrar en esa maldita guerra que la familia de Nesty había podido evitar hasta entonces.

—Cariño, ven —exclamó su esposa des del comedor.

Nesty abandonó la cocina y salió corriendo hacia el comedor. En la radio se podía escuchar la voz del Presidente Roosevelt.

—... Ayer, 7 de diciembre de 1941, una fecha que pervivirá en la infamia, los Estados Unidos de América fueron sorpresiva y deliberadamente atacados por fuerzas navales y aéreas de Japón...

La esposa de Nesty se estremeció de pánico. Al igual que él, no quería vivir otra guerra. Mientras su esposa cogía en brazos a su pequeño hijo, como si tuviera que huir con él en ese mismo instante, Nesty escuchó detenidamente las palabras del Presidente, hasta que oyó lo que no deseaba oír.

—... Le pido al Congreso declarar que, debido al cobarde ataque no provocado efectuado por Japón el domingo 7 de diciembre, existe un estado de guerra entre los Estados Unidos y el Imperio de Japón.

Muchos fueron los que se alistaron para formar parte de los marines, y así poder entrar en combate contra los «japos». Muchos de los compañeros de Nesty no dudaron ni un segundo en alistarse para vengar a los hombres caídos en Pearl Harbor. Él ya había vivido una guerra, no quería meterse en otra. Además su pequeño hijo seguía creciendo y no quería dejarlo sin padre.

Pero la cosa cambió cuando se dijo que los muchachos americanos serían enviados al teatro de operaciones europeo. ¡Por fin iban a liberar Europa! Pensaron todos los americanos de origen europeo. Fue entonces cuando un brillo de esperanza apareció en todos sus corazones. Veían que el regreso a casa era más que probable. Bueno, todos no. Nesty era

pesimista, y no porqué los nazis vencieran, sino porqué no creía que los Aliados invadieran España y eliminaran el yugo fascista.

—Nesty ¿has oído? —preguntó a gritos Peppe, uno de los pocos compañeros que le quedaban—. Nos vamos a Europa. Volveremos a casa.

A pesar de haberse criado en Estados Unidos, había nacido en Turín, pero su familia, de ideología comunista, tuvo que huir de Italia años atrás.

—Sabes que no podremos regresar a casa nunca.

—¿No me digas que piensas así? —preguntó decepcionado Peppe.

—Creo que una vez liberada Francia y derrotado Hitler, no irán mucho más lejos.

—Piensa en una Barcelona libre.

—Con suerte llegarán a los Pirineos —bromeó irónicamente Nesty.

Pero incluso pensando eso, el entusiasmo general, que preveía una clara victoria de Estados Unidos, tocó el corazón de Nesty. Así que, en 1942, no dudó en alistarse al ejército, aunque nunca pudiera regresar a su antigua ciudad, lucharía por la nueva. No quería que el fascismo se adueñara del mundo.

—¿Puedo alistarme? —preguntó Nesty a su esposa una noche mientras cenaban.

—Pero no dices que no va a servir para nada.

—Ya —respondió Nesty—, pero puede que me equivoque.

—¿Tú crees que si te sacrificas por nuestro país, estarás haciendo lo correcto?

—Sí —respondió Nesty sin dudar.

—En ese caso, no lo dudes, pero prométeme una cosa.

—¿El qué?

—Regresa con vida.

Inicialmente se alistó en la infantería, pero su determinación y su buen estado físico lo llevaron a enrolarse en la Infantería Aerotransportada, y tras un par de traslados acabó en la Compañía E, del 2º Batallón, del 506º Regimiento de Infantería Paracaidista, de la 101ª División Aerotransportada del Ejército de los Estados Unidos.

Poco después de su traslado, su esposa no dudó en dejar el trabajo que tenía en Long Island para entrar a trabajar en una fábrica de armamento y equipamiento de las afueras de Nueva York.

—Aún estás a tiempo de pedir de nuevo el empleo —le dijo Nesty cuando supo lo que había hecho—, necesitamos el dinero.

—Lo sé, pero igual que tú te tiras de un avión para hacer lo que es debido, yo debo fabricar las balas con las que te defenderás.

Nesty la miró y la abrazó dándole un profundo y sentido beso.

De pronto una explosión cercana al fuselaje del avión hizo que Nesty se despertara del sueño consciente que había tenido. Se tocó los labios, aún podía sentir los labios de su esposa en lo suyos. Solo por ella haría lo imposible para regresar con vida, solo por volver a tenerla entre sus brazos y sostener a su hijo haría cualquier cosa.

Los alemanes los habían detectado y no permitirían que los aviones aterrizasen. Pero ellos no querían aterrizar. Todos y cada uno de los miembros de esa compañía, sin excepción, habían sido entrenados para ser la élite militar de los ejércitos Aliados, y lo eran, pero tan bien eran humanos. El retraso del día anterior, el exceso de peso y los nervios estaban jugando malas pasadas a todos y cada uno de los hombres que había en esos aviones. Había quién rezaba, quién se mordía las uñas, quién estaba completamente mareado y quién no podía contener el vómito. Pero todos tenían clara una cosa, sabían que tenían que hacer y que sus compañeros harían lo mismo.

Las explosiones se repetían a su alrededor y de pronto la luz roja se encendió.

—¡Muy bien muchachos! —gritó el jefe del pelotón por encima del ruido—. ¡Ha llegado el momento para el que nos hemos estado preparando!

Tal y como habían entrenado miles de veces, se levantaron, se anclaron a la guía y esperaron que la luz verde se encendiera. Entonces escucharon y sintieron una gran explosión a su derecha, uno de los aviones había sido derribado.

—¡Mierda! —exclamó el jefe de pelotón mirando a través de la puerta de salida—. ¡Era el avión de Meehan!

—¿Qué vamos a hacer señor? —preguntó el técnico de radio bastante asustado.

—¡¿Qué que vamos a hacer?! ¡¿QUÉ QUE VAMOS A HACER?! —respondió el jefe de pelotón indignado por la pregunta de uno de sus hombres—. ¡Vamos a saltar! ¡Vamos a buscar el hijo de puta que lo ha derribado! ¡Y le vamos a reventar la tapa de los sesos!

—¡Currahee! ¡Currahee! —respondieron todos gritando.

Tras unos segundos que parecieron horas, la luz verde se iluminó y los hombres empezaron a saltar. Uno tras otro se arrojaban al vacío confiando en que su equipo respondiera como era debido. Llevaban exceso de peso, además a última hora les habían dado una estúpida bolsa de pierna que no tenía otra utilidad que complicarles el salto.

Al final le tocó a Nesty, se acercó a la puerta del avión y pudo contemplar el espectáculo de luz y fuego que les estaban brindando los alemanes, mientras que miles de paracaídas blancos se abrían hasta donde le alcanzaba la vista. Cambió de opinión. Podían ganar aquella guerra. No por las armas, sino por el valor que aquellos hombres demostraban tener al saltar sobre el enemigo en un territorio completamente hostil.

Con la confianza renovada, Nesty respiró hondo y saltó al vacío.

El resto es historia.

## §

Todos esos recuerdos habían volado a través de la mente del viejo Nesty Martínez en cuestión de pocos segundos. De repente se dio cuenta de que hacía décadas que había realizado aquel salto, y ahora tan solo se enfrentaba a su nieto que lo contemplaba desde su regazo.

—¿Estás bien abuelo? —preguntó un poco preocupado.

Nesty lo miró a los ojos rezando para que su nieto nunca se viera obligado a vivir lo que él había vivido. Finalmente, recuperó el hilo de la pregunta que le había hecho antes el pequeño y respondió.

—No, pero serví en una compañía de héroes.





## Aullidos

Publicado en *LASDAOALPLAY?* el 28 de octubre de 2016

La antorcha se estaba apagando mientras la sostenía en sus temblorosas manos. Bajo ellas, percibía la madera calentada por la frágil llama que se tambaleaba en lo alto, que a la vez caldeaba, tristemente, su cuerpo tremuloso al sentirse calada hasta el tuétano. La constante y persistente lluvia, que caía sobre sus hombros, la había empapado por completo.

Esa mañana el sol no había amanecido. A decenas de metros bajo las copas de los altos árboles de aquella espesa jungla, el cielo, oscurecido por unas compactas nubes, había ensombrecido todo cuanto la rodeaba. Al avanzar, los chapoteos de sus pisadas en el riachuelo se confundían junto al son del repiqueteo de las gotas de aguacero sobre su superficie del agua, sin embargo, sabía que aquello no era suficiente para pasar desapercibida en aquella desolada jungla. Algo la seguía. Había oído sus aullidos desde que había abierto los ojos. Aquellos ruidos habían sido el motivo por el que, cuando su reloj le indicó que ya era de noche, decidiera no acampar y seguir avanzando entre la densa maleza, mientras rogaba por llegar a cualquier lugar habitado que pudiera haber en aquel inhóspito lugar.

Sobre ella notaba el fruncir de las hojas, frotándose unas con otras, movidas por algo que no se dejaba ver. A su alrededor no había dejado de escuchar unos extraños aullidos, que a veces estaban más cerca, y otras más lejos. No pudo reconocer aquellos llantos macabros que ululaban entre los gruesos troncos del sotobosque. Solo sabía que, lo que fuera que la seguía, la estaba haciendo temblar como nunca nada ni nadie lo había hecho.

Cuando de su linterna eléctrica, tras horas empuñarla, emanaron unos inquietantes parpadeos, un escalofrío le recorrió todo el cuerpo, haciéndola temblar, esa vez, de terror. Con manos temblorosas había cogido un tronco, se había arrancado la camisa y la había enrollado en un extremo; y, con el alcohol de su pequeño botiquín y unas cerillas húmedas, la había convertido en una antorcha. Fue durante esos instantes, en los que el último atisbo de luz civilizada se estaba diluyendo, cuando los aullidos fueron más cercanos. Más continuos. Más aterradores. Cuando el fuego prendió la tela, una poderosa llama rojiza se bamboleó a pocos centímetros de su cara, secándole el empapado y aterrado rostro.

Después y a su pesar, la lluvia la había seguido acompañando, por lo que no fue una sorpresa que la llama, en la que había puesto todas sus esperanzas, empezara a menguar amenazadoramente de tamaño, advirtiéndola de que, pronto, volvería a quedarse sola en la oscuridad, únicamente acompañada por el millar de ruidos nocturnos de la jungla y, lo que era peor, aquellos aullidos tan poco alentadores. Inquieta, aceleró el paso. Se dirigía río abajo, pero hacía horas que había perdido el norte y no era capaz de detenerse a comprobar la brújula que llevaba en su mochila.

Atraídos por la cada vez más débil luz, los aullidos dejaron de titubear y, a partir de entonces, se oyeron cada vez más fuertes. Más amenazadores. Más terroríficos. Al sentir como algo se movía a su espalda, y llevada por un impulso instintivo, giró sobre sus talones empuñando la cada vez más inútil antorcha, para descubrir un frondoso arbusto que parecía haberse movido. Nerviosa, empezó a sacudirse y a dar vueltas sobre sí misma, esperando que, con ello, los dueños de tan horripilantes aullidos se alejaran... Pero no fue así. Al contrario, los bramidos se intensificaron, se multiplicaron y se acercaron a tal distancia, que creyó sentir las vibraciones de las cuerdas vocales que los producían.

Tensa y asustada, clavada en mitad de la aquella desapacible jungla, solo pudo acercarse la tea a su cara con manos temblorosas y rezar para que, todo aquello, no fuera más que una horrible y vívida pesadilla. Sin embargo, la llama menguó, su calor se disipó y, finalmente, la antorcha se apagó.

## **El corazón del Oeste**

Publicado en *Adiós Gringo* el 7 de febrero de 2017

Un sol anaranjado descendía hacia el ocaso, enrojeciéndose cada vez más, a medida que se acercaba al horizonte. La suave brisa, que avanzaba sin obstáculo entre cañones y desfiladeros, levantaba un polvo rojizo del agrietado suelo, que no había visto la lluvia desde hacía estaciones, enturbiando el paisaje rocoso del desierto. Todo parecía sumergido en una neblina de tonos cálidos, a través de la que solo se podían ver las siluetas de las lejanas montañas. ¿Solo? No, a través del polvo se perfilaron las formas de tres hombres que avanzaban de forma diferente pero acompañada hacia el único lugar en el que el viento respetaba al polvo y le permitía quedarse en el suelo. Enfundados en ponchos y gabanes para protegerse del lacerante viento del desierto, los tres hacían repiquetear las espuelas de sus zapatos. Aunque no había rastro de sus caballos y nadie hubiera sabido decir como habían llegado hasta allí, los tres parecían llamados a su destino, dispuestos a encontrarse. En sus caras brillaban miradas determinadas, decididas, resueltas, conocedoras de por qué se encontraban allí y a qué se enfrentarían dentro de pocos instantes. Cuando los tres hombres llegaron al claro desde diferentes direcciones, se detuvieron y se mostraron tan diferentes como iguales. De formas distintas representaban lo que significaba el Oeste y a todos a los que vivían allí, desde los colonos adinerados a los campesinos procedentes del sur, pasando por los muertos de hambre que no tenían nada mejor a lo que dedicar sus vidas. Sin embargo, salvando todas las diferencias externas, en su interior había algo que los asemejaba, que los hacía prácticamente iguales. En su interior latía un mismo corazón, aquel que los había guiado hasta aquel extraño lugar dejado de la mano de Dios, aquel les había hecho dedicar sus vidas por entero a lo que colgaba de sus cananas... El corazón del Oeste. Con suavidad, reconociéndose los unos a los otros, se dedicaron sendas miradas de póker, no se podía determinar si estaban sorprendidos, asustados o seguros de sí mismos, solo que habían visto a quienes tenían que enfrentarse.

Mientras uno de ellos daba un largo e intenso trago a una botellita de piel de cordero, otro se deshizo de su polvoriento gabán para revelar un elegante traje negro con chaleco adamascado gris. Mientras que su ropa parecía decir que era demasiado elegante para pertenecer a ese lugar, la

mirada ceñuda tan solo iluminada por la candente luz de un cigarrillo decía todo lo contrario, a la vez que su mano se apoyaba lánguidamente en la cartuchera de piel oscura que colgaba bajo su ombligo.

Tras limpiarse el bigotudo labio con la manga de su zarrapastrosa camisa, el que había sacado la botellita que, sin duda, no contenía agua, volvió a colgarla en la parte trasera de su desgarrada figura. Sin sombrero, su frente estaba perlada de sudor, que descendía con gruesos chorretones por sus sienes hasta que se perdían en la espesa barba. Sus manos, mugrientas por haber visto menos agua que aquel desierto, hicieron bailar sus dedos a ambos lados de sus caderas, a una distancia prudencial de sus armas, que parecían colgar de cualquier manera en sus cartucheras.

El tercero, por su parte, apuraba con placer la última calada de un fino cigarro marrón mientras regalaba una sarcástica sonrisa a los otros dos con los brazos cruzados sobre su pecho. Era como si se tomara a broma lo que estaba a punto de suceder, pero lo había vivido tantas veces y había sobrevivido a todas ellas, que cada nueva ocasión era como una chanza de mal gusto.

Salvo estos leves gestos, los tres hombres permanecían quietos, cuál estatuas, esperando que algo les indicara que el momento había llegado. Una brizna de hierba seca, el chasquido de un árbol, un soplo más fuerte de viento, cualquier cosa podía ser la señal. Entonces, los últimos rayos de sol hicieron brillar las superficies metálicas de sus armas, una gota de sudor y dos colillas cayeron al suelo a la vez, y el tiempo pareció detenerse. Los tres hombres desenfundaron a la vez, alzando sus armas apretaron los gatillos y tres explosiones retumbaron en el desierto casi al unísono, haciendo que el viento cesara. Lo que sucedió después poco importa, habían cumplido con su destino.

## **El terror del mar**

Publicado en *LASDAOALPLAY?* el 7 de marzo de 2017

En el oscuro horizonte de la noche del Caribe, solo iluminado por la luz de la Luna, se distinguía lo que quedaba de una arboladura que se hundía lentamente entre las olas del mar. A su lado, un imponente navío se mecía violentamente al ritmo de la tormenta que se había desencadenado sobre él. No se oía ruido alguno, solo el ulular del viento, los chasquidos de los cabos al golpear contra los mástiles, y el repiquetear de las gotas de lluvia sobre el acero de los cañones. A pesar del silencio, varias decenas de hombres de mirada cruel estaban de pie, sobre la cubierta, sujetándose a lo que tuvieran a mano para evitar caerse por el vaivén de las olas, fijando la mirada a la media docena de desafortunados marineros que habían sobrevivido al abordaje. Arrodillados y harapientos, estos sentían como el temor por lo que pudiera venir crecía en su interior, a la vez que un sudor frío les embargaba la piel, cuyas gotas resbalaban por sus sienes mezclándose con las de la lluvia torrencial que caía sobre sus espaldas. Un fuerte golpe les hizo desviar la mirada, las puertas del castillo de popa se habían abierto de par en par y, del camarote del capitán, había surgido una oscura figura de descomunal tamaño. Al andar, las tablas humedecidas por el agua crujían bajo sus botas, cada paso que daba era como el disparo de sus cañones. La tripulación no decía nada, solo lo observaba, esperando a que aquel ser que parecía haber emergido del infierno les dijera lo que tenían que hacer. Sin que pareciese que sus pies andaban sobre la inestable superficie de un barco en mitad de una tormenta, se encaminó hacia a los presos, demostrando porqué era el capitán. Una densa melena y una espesa barba empapadas en agua salada rodeaban su cara, sumiendo su rostro en las más oscuras tinieblas, en las que solo se podía ver el amenazador brillo de sus ojos, tan vivo como el fuego que brillaba entre los mechones de su cabello, del que emanaba una turbia niebla con olor a pólvora. Nunca nadie había sido capaz de sostenerle aquella mirada, y mucho menos si eras uno de sus míseros prisioneros, superviviente de su última captura... Como yo, que en aquel momento tan solo podía rezar por mi vida. Pero antes de que pudiera encomendarme al hacedor, el más temido de los piratas se acercó y fijó su oscura mirada en nosotros, como si estuviera escogiendo cual sería el primero al que arrojaría por la borda. Sin embargo, se agachó frente a mí y obligándome a mirar a

sus negras pupilas, con su retumbante voz dijo: «*La Venganza de la Reina Ana no hace prisioneros*». Un escalofrío recorrió el espinazo de todos nosotros, nos temíamos lo peor, y como si Barbanegra hubiera podido sentir lo que nosotros, soltó una sonora y diabólica carcajada, haciéndonos temblar de nuevo, y añadió: «*Uníos a mí o morid*». Parecía que el tiempo se hubiera detenido, nuestros cuerpos, cubiertos de lluvia, sudor y la sangre de nuestros compañeros que ahora yacían en el fondo del mar, temblaban aterrorizados frente a la temible figura del pirata, que parecía ser el único digno de alzar la bandera negra en lo más alto de la arboladura de su navío. Ninguno de nosotros fue capaz de responder, un nudo había surgido en nuestras gargantas ante su presencia. Con una sonrisa suspicaz que nos dejó ver su brillante dentadura con piezas de oro y plata, insistió: «*Decidme, caballeros, ¿quién de vosotros abrazara la vida de la hermandad y me seguirá como su capitán hasta los confines del mundo?*». Ante tal propuesta, yo no dudé, y te recomiendo que hagas lo mismo si no quieres ser el siguiente en abandonar la cubierta de este barco, solo acompañado por el peso de una bala de cañón atada a tus tobillos, como lo hicieron mis antiguos compañeros en aquella fatídica y tormentosa noche.

## **El valle inquietante**

Publicado en *LASDAOALPLAY?* el 20 de abril de 2018

Sentados frente a frente se miraban fijamente sin pestañear, sin mover ni un músculo de sus rostros. Era un pulso entre sus miradas y ninguno de los dos parecía tener intención de rendirse. Sus pupilas bailoteaban de una esquina a otra de los ojos del que tenían enfrente, como si buscaran algo difícil de encontrar. Inmóviles, tensos, sin moverse, sin articular palabra alguna. Querían descubrir si el otro tenía alma sin tener que hacer nada más que mirarse. Se estaban escaneando mutuamente.

A cada segundo que pasaba, la incomodidad anidaba un poco más en sus corazones. No sentían rechazo por el otro, pero tampoco lo aceptaban. Puede ser que se vieran, pero no que se comprendieran. ¿Habían perdido la capacidad de sentir empatía? ¿O es que nunca la habían tenido? Estaban a menos de un metro de distancia, pero parecía que estuvieran a quilómetros el uno del otro.

Ambos intentaban discernir quién de ellos era real y quién artificial, si es que existía una distinción posible. En los tiempos que corrían, los androides eran cada vez más humanos, y los humanos cada vez más androides. Además, no había nadie que les dijera quien era de verdad y quién no.

Ambos se creían humanos, o eso al menos era lo que sus mentes les decían. Sin embargo, ninguno de los dos sabía si sus recuerdos, aquello que les decía que eran humanos, eran auténticos, recopilados a lo largo de sus vidas; o si, por el contrario, sus mentes habían sido rellenas artificialmente hacía apenas unos instantes.

Antes de entrar en aquella habitación, una mujer con bata blanca les había dicho lo mismo a ambos: «Cuando entren se sentarán uno frente al otro y tendrán una única y sencilla tarea. Uno de ustedes es humano y el otro es un androide. Deben averiguar cuál de las dos cosas es cada uno».

Pero ahora, mientras se observaban el uno al otro, todo era completamente distinto, mucho más difícil. Estaban solos en aquella habitación, ajenos al mundo exterior, recorriendo la angosta senda que transcurre entre las cimas de lo natural y lo artificial. Estaban explorando el valle inquietante.









AV ŠVESTKA  
JE PSACI  
ERWC  
B  
TEL

[www.lasdaoalplay.com](http://www.lasdaoalplay.com)